

13. Leonardo Pataccini *

Hillary Clinton y la política exterior de EE.UU.: de actriz de reparto a principal candidata para el papel protagónico en una posible película de vaqueros

El género cinematográfico Western ha sido utilizado a lo largo de la historia estadounidense con varios fines, entre ellos, dar un sentido épico a la fundación de su propio país. En él, suelen aparecer claramente definidos los papeles de los héroes y los villanos, a la vez que se enaltecen y refuerzan muchos de los valores más arraigados de su cultura, como la incuestionabilidad de la consigna del Destino Manifiesto o la supremacía de la civilización occidental sobre la población nativa. Sin embargo, el gusto de la sociedad norteamericana por la épica no se limita solo al cine y también se expresa en la política. Así, de cara a las elecciones presidenciales que tendrán lugar en noviembre de 2016, se observa que la grandilocuencia y la escenificación

melodramática de los candidatos juegan un rol fundamental para atraer al electorado.

En este contexto, los próximos comicios no solo aseguran que habrá un cambio de inquilino en la Casa Blanca, sino que además muchos indicios auguran cambios importantes en la estrategia política del nuevo gobierno con respecto al actual. De hecho, uno de los ámbitos en los cuales se espera una transformación más radical es el de la política exterior, donde probablemente se retome la vieja lógica de “héroes y villanos” para abordar los principales interrogantes que enfrenta Estados Unidos en el panorama internacional.

De este modo, el presente ensayo se propone esbozar de manera general las posibles líneas de acción de la política exterior estadounidense de cara al próximo mandato presidencial, haciendo una mención específica a sus implicancias para nuestra región y para nuestro país en particular.

El libreto

Desde la primera elección de Barack Obama, en noviembre de 2008, el contexto global ha estado marcado por dos procesos fundamentales. Por un lado, se destaca la progresiva complejización del escenario geopolítico y, por el otro, el persistente estancamiento de la economía internacional. Estos elementos han estado presentes a lo largo de los 8 años de mandato de Obama al frente de la Casa

* Docente Universidad de Buenos Aires (Argentina), UMET; miembro SID.

Blanca y, lejos de solucionarse, ambos se han profundizado.

El primero de estos aspectos se expresa a través de varios fenómenos. En primer lugar, el período 2009-2016 puede caracterizarse por el rol que han asumido dos grandes estados y todo indica que conservaran su status de grandes potencias al menos durante la primera mitad del siglo XXI. Por un lado, consolidación de China como un centro de gravitación económico y político a nivel global hace que el país asiático sea llamado a ser, sin dudas, uno de los actores principales de las próximas décadas. Por el otro, desde la llegada de Putin al poder, y especialmente desde la guerra de Osetia del Sur (agosto de 2008), se destaca la recuperación de la Federación rusa como una potencia geopolítica y militar regional. Moscú ha logrado progresivamente recomponer su presencia como árbitro en los conflictos internacionales, siendo un buen ejemplo de ello el acuerdo firmado por Estados Unidos y Rusia en septiembre de 2014 sobre la situación en Siria. Sin embargo, este retorno de Rusia al centro de la escena amenaza con la restauración de algunas lógicas y tensiones propias de la época de la Guerra Fría (1946-1989).

Al hecho concreto e inobjetable del ascenso de China y Rusia en el marco global, se deben sumar dos fenómenos más recientes y de notable relevancia, que presentan grandes incógnitas a futuro. Por un lado, aparece la inminente reconfiguración de la Unión Europea, uno de los principales socios económicos, políticos, diplomáticos y, sobre todo, militares de los EE.UU.,

después del referéndum sobre la salida de (por ahora) el Reino Unido. Indudablemente este hecho traerá grandes cambios a nivel mundial en el plano de las relaciones internacionales pero por ahora es muy difícil anticiparlos, puesto que es un camino absolutamente nuevo y que todavía ni siquiera ha comenzado. Por el otro lado, tras la denominada “Primavera Árabe” el mundo se enfrenta a uno de los fenómenos más enigmáticos e imprevisibles de la modernidad: el surgimiento del Estado Islámico (EI). Este es un grupo fundamentalista de muy compleja naturaleza, cuyo teatro de operaciones es el globo entero, posee una fuerte influencia sobre parte de la población musulmana de muchos países, incluso en Occidente, y posee territorios directamente bajo su control. Por el momento es muy difícil categorizar al EI, ya que guarda pocas similitudes con los grupos fundamentalistas que el mundo conoció hasta finales del siglo XX. No solo por su doctrina y principios, sino también por su estructura, capacidad logística y ascendencia. Si uno quisiera forzar un poco la comparación, no son pocas las similitudes entre el EI y la Alemania nacionalsocialista de Adolf Hitler, incluyendo que su enfrentamiento es uno de los contados aspectos en los que EE.UU., Rusia y las potencias europeas están dispuestos a colaborar.

De este modo, desde el punto de vista geopolítico, el actual escenario internacional ha implicado la pérdida de hegemonía norteamericana y un proceso de fragmentación y reconfiguración que todavía se encuentra en desarrollo. En este aspecto, la administración Obama se

caracterizó por una política exterior laxa y concesiva, que actuó más movilizadora por presiones, internas y/o externas, que por convicciones. Esta dinámica no se veía desde la época de Carter, quien durante su período fue mucho más propenso a la negociación que a la acción. Sin dudas, este fue el aspecto más criticado del mandato de Obama, no solo por el establishment militar-industrial-financiero, sino también por una parte importante de la población y los medios, que lo han percibido como un signo de debilidad. Por lo tanto, tomando todos estos elementos, es posible esperar que a nivel externo la próxima administración de la Casa Blanca, ya sean Republicanos o Demócratas, cambie la estrategia mantenida hasta ahora y retome la opción tradicional de aplicar políticas más activas. Esto se confirma prestando atención a los discursos preelectorales de los candidatos de ambos partidos, quienes subrayan la importancia del restablecimiento del rol de los Estados Unidos como árbitro internacional, con intervención directa en cualquier asunto que pueda afectar a sus intereses. Por supuesto, esto tendrá implicaciones para nuestra región, que se analizarán más adelante.

En cuanto a la situación económica del período, se destaca la lenta recuperación de la economía mundial. Desde el estallido de la crisis financiera global de 2008-2009 se han desacelerado notablemente las tasas de crecimiento del PBI mundial, así como las del volumen de exportaciones. Este escenario de estancamiento generalizado se combina con una pérdida relativa de participación de los EE.UU. en el comercio

mundial a manos de los mercados emergentes, principalmente China. A este respecto, hay un indicador que ilustra muy bien la transformación de los últimos años: según datos de la Organización Mundial del Comercio, mientras que en el período 2000-2015 las exportaciones estadounidenses de bienes se multiplicaron por 1,9, las de China lo hicieron por 9,1. Incluso las exportaciones de bienes de Alemania durante esos tres lustros crecieron más que las de EE.UU. (2,4).

El comercio internacional medido en términos absolutos no es un juego de suma cero. Esto quiere decir que el aumento del volumen de las exportaciones de un país no necesariamente significa la caída de las exportaciones de otro. Sin embargo, en términos relativos, la situación es muy distinta. Desde esta perspectiva, la única forma de que China o Alemania incrementen su participación en el porcentaje total de exportaciones mundiales es que otros países la disminuyan. En este caso, es muy claro que Estados Unidos ha retrocedido significativamente. Mientras que entre 2000 y 2015 la participación de China en el total de las exportaciones mundiales pasó de 3% a 14%, las de EE.UU. cayeron de 12% a 9%. En otras palabras, su participación se redujo casi 30%. En principio, esto no parecería ser tan dramático, ya que EE.UU. ha tenido un saldo de cuenta corriente casi permanentemente deficitario desde comienzos de la década de 1980. Sin embargo, la novedad aquí es que durante la última década ese saldo deficitario de cuenta corriente se ha combinado con una notable disminución de sus exportaciones

de capital y un importante deterioro de su cuenta financiera, generando crecientes presiones sobre su balanza de pagos.¹ Así, se observa que la pérdida de influencia política y militar norteamericana en el ámbito a nivel mundial desde comienzos del Siglo XXI tiene su correlato en el aspecto económico y comercial.

La situación del escenario económico internacional afecta directamente a los intereses norteamericanos debido a que el mercado externo tiene un rol fundamental en los niveles de empleo y actividad estadounidenses. Este es uno de los factores que explica por qué la evolución del PBI norteamericano no ha logrado despegar durante los últimos años. Si bien desde 2010 ha mantenido tasas positivas, su mejor performance apenas alcanzó el 2,5% (2010), considerablemente por debajo de los niveles previos a la crisis. Consecuentemente, esto ha impactado directamente sobre el nivel de empleo, que demoró 5 años en ubicarse en los niveles anteriores a la caída, con un número mucho menor de empleos industriales. En este sentido, los planes de reactivación implementados por el gobierno de Obama, basados en el mercado interno, fueron más paliativos que soluciones y no han logrado dar los frutos esperados. Ni siquiera los esfuerzos extraordinarios de la Fed, que continúa con las tasas de referencia cerca de sus mínimos históricos, han logrado hacer que la economía estadounidense deje

de carretear y pueda finalmente tomar vuelo.

Hasta aquí se ha pretendido hacer un breve bosquejo de los principales escollos que deberá enfrentar el o la próximo/a presidente de los Estados Unidos. Por el momento, se presentan dos candidatos principales: la ex Secretaria de Estado durante el primer mandato de Obama, Hillary Clinton, y el magnate mediático, Donald Trump. A lo largo de la campaña este último ha mostrado una retórica demagógica, voluble, chabacana e inconsistente -por momentos comparable a la de los discursos de Benito Mussolini- y lo más parecido que ha presentado a un plan de política exterior es una furibunda xenofobia. Por lo tanto, para este ensayo parece de mayor interés enfocarse en su competidora, quien lidera ampliamente las encuestas y muestra aspectos más concretos para el análisis.

La protagonista

Como es bien sabido, el gran salto de Hillary Rodham a la política nacional de los EE.UU. lo dio de la mano de su marido, Bill Clinton, presidente del país entre 1993 y 2001. De hecho, su popularidad aumentó de manera extraordinaria cuando se mostró como una esposa abnegada y comprensiva al hacerse público es escándalo de infidelidad de su marido con una pasante de la Casa Blanca, en 1998. Fuera de este episodio, durante sus ocho años como primera dama Hillary Clinton se destacó por tener un rol político mucho más activo que cualquiera de sus antecesoras, con la única excepción quizás

¹ Fox, J. (2016), About That U.S. Manufacturing Renaissance...; disponible online en: <https://www.bloomberg.com/view/articles/2016-03-17/about-that-u-s-manufacturing-renaissance>

de Eleanor Roosevelt, su gran referente histórico. Desde su posición, Hillary Clinton participó directamente en la gestión de la política nacional e internacional, e incluso se involucró en la designación de muchos funcionarios de alto rango y encabezó algunas iniciativas de delicada importancia, como la fallida reforma sanitaria de 1993. Por este motivo, analizar las principales iniciativas del gobierno de Bill Clinton en materia de política exterior puede ser sumamente ilustrativo para tener algunos indicios de lo que podría ocurrir si la candidata demócrata gana las elecciones.

Para comenzar, vale recordar que uno de los momentos de máxima popularidad del gobierno de Bill Clinton se produjo cuando promulgó la Ley Helms-Burton, que suponía una serie de sanciones al régimen cubano, luego de un altercado que se produjo con La Habana como consecuencia de una acción desestabilizadora por parte de los EE.UU. Muy resumidamente, la ley establecía que cualquier compañía no norteamericana que tuviera negocios con Cuba podría ser sometida a represalias legales y que los dirigentes de dicha compañía podrían ver prohibido su ingreso a los Estados Unidos.

Posteriormente, el gobierno encabezado por Clinton tuvo una activa participación en dos de los conflictos más dramáticos de la década de 1990: la guerra de Bosnia (1992-1995) y el ataque militar de la OTAN en Kosovo (1999). Ambos conflictos arrojaron un saldo de más de 100.000 muertos, entre militares y civiles, y casi tres millones de desplazados. Además, inmediatamente tras el ataque en Kosovo se estableció en ese país la base militar estadounidense más

grande de Europa, Camp Bondsteel. Casi simultáneamente, el gobierno de EE.UU. firmó el controvertido Plan Colombia (1999), que bajo el argumento de contribuir con la paz y la seguridad del país sudamericano y luchar contra el narcotráfico, le permitía al gobierno norteamericano involucrarse directamente en sus asuntos internos y establecer fuerzas militares permanentes en la región.

Finalmente, también vale la pena recordar que como presidente, Bill Clinton apadrinó la masacre de Timor Oriental al soltarle la mano al General Suharto cuando este no accedió a aplicar las reformas impuestas por el FMI.²

Las anteriores son solo algunas de las principales acciones del gobierno de Bill Clinton en materia militar y de relaciones exteriores. Ahora bien, ¿Cuáles han sido las iniciativas de la administración Clinton en materia económica hacia el resto del mundo?

Como es ampliamente conocido en nuestro país, la década de 1990 se caracterizó por la aplicación sistemática de una serie de reformas estructurales en los países en desarrollo y la financiarización de la economía mundial. Estos fenómenos estuvieron promovidos por el denominado “Consenso de Washington” (CW). Este fue el nombre que recibió un programa económico afín a los principios del neoliberalismo y los intereses del sector

² Chomsky, N. (1999), East Timor Is Not Yesterday's Story, disponible online en: <https://chomsky.info/19991023/>

financiero transnacional más concentrado.³ El CW establecía un decálogo de políticas económicas cuyo objetivo era impulsar la liberalización, privatización y desregulación de las economías del tercer mundo y las ex repúblicas socialistas. Estas medidas eran la consecuencia de una serie de acuerdos establecidos fundamentalmente entre el gobierno de los EE.UU. y las instituciones de crédito internacional, como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, que tienen su sede principal en la ciudad de Washington. Así, las políticas del CW buscaban armonizar las características de las economías del otrora “Segundo” y “Tercer” Mundo con la del vencedor de la Guerra Fría y gran potencia hegemónica mundial, Estados Unidos.⁴

Por su parte, entre las iniciativas en materia de economía internacional del gobierno de los Estados Unidos durante la década de 1990 también se incluye la firma de tratados de libre comercio, como el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA, por sus siglas en inglés), entre Canadá, EE.UU. y Méjico, y el fallido Acuerdo de Libre Comercio de las Américas (ALCA), que en la práctica significaba la extensión del NAFTA al resto de los países del continente, con la única excepción de Cuba. El objetivo de estos tratados era obtener el acceso privilegiado de las exportaciones

industriales de los EE.UU. a estos mercados externos y, simultáneamente, garantizarse la disponibilidad de materias primas de estos países a precios preferentes.

Hasta aquí, un breve resumen de las iniciativas del gobierno de EE.UU. mientras Bill Clinton fue presidente. Sin embargo, la carrera política de Hillary está lejos de limitarse a ser solo la de una actriz de reparto y también se ha destacado por mérito propio. De este modo, tras dejar de ser la Primera Dama del país fue elegida senadora por el estado de Nueva York en 2000 y reelecta en 2006. En este cargo, Clinton apoyó vehementemente la acción militar de EE. UU. en Afganistán, en 2001, y votó a favor de la Resolución Guerra de Irak, autorizando al presidente George W. Bush (h) a usar fuerza militar para invadir este país, contraviniendo la resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en contra de esta acción.

Posteriormente, con la elección de Barack Obama como presidente (quien previamente la venció en la interna del partido Demócrata) Hillary Clinton fue designada Secretaria de Estado. En el caso de los EE.UU, este es el cargo de Canciller y responsable de las relaciones exteriores del país. Desde ese cargo, Hillary Clinton mostró un perfil duro, alineado con (y en ocasiones hasta más radical que) el de los halcones del pentágono y la derecha más acérrima. Como señala Mark Lander en su libro “Alter Egos: Hillary Clinton, Barack Obama and the Twilight Struggle Over American Power”, ya en 2009 la secretaria de Estado se mostró a favor de enviar a 40.000 elementos más a Afganistán, en

³ Anderson, P. (1999) Neoliberalismo: un balance provisorio, en La trama del neoliberalismo: Mercado, crisis y exclusión social, Sader, E. y Gentili, P. (Compiladores), disponible online en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20100609030645/latrama.pdf>

⁴ Brenta, N. (2002) La convertibilidad argentina y el Plan Real de Brasil : concepción, implementación y resultados en los años '90, Ciclos en la historia, la economía y la sociedad, Vol. 12, 1, p. 39-86.

lugar del plan que proponía el presidente Barack Obama, que consistía en enviar 30.000. Del mismo modo, Clinton se mostró en contra del proyecto de retiro de tropas de ese país desde julio de 2011. En línea con ello, la responsable de la política exterior norteamericana apoyó el plan del Pentágono de dejar una fuerza permanente de entre 10.000 y 20.000 efectivos del Ejército estadounidense en Irak y tuvo un rol activo para que Estados Unidos canalizara armas a los rebeldes en la guerra civil de Siria en contra del régimen de Al-Assad, venciendo la oposición del presidente en ambos casos.⁵

La exfuncionaria también ha mostrado una actitud dura frente a otras cuestiones externas, como las relaciones con Rusia o Corea del Norte, y se ha mostrado “pragmática” frente a determinadas cuestiones, como lo ejemplifica el apoyo tácito que ha brindado al golpe de estado en Honduras en 2009. En este aspecto, durante su período en el cargo Hillary mostró mucha concordancia con Robert Gates, secretario de Defensa y miembro del gabinete de la administración de George W. Bush.

En términos generales, podría describirse la postura de Clinton en relaciones internacionales como un ejemplo de Realismo Clásico, en el cual los Estados son los protagonistas de las cuestiones internacionales y su prioridad pasa por garantizar su seguridad y defender sus intereses y los de sus aliados. Para ello, el

sector militar juega un rol fundamental en la vida de dichos estados. A este respecto, no es sorprendente que Hillary Clinton muestre afinidad con las posiciones de los elementos más reaccionarios del ejército: su padre fue un oficial de Marina que entrenaba a jóvenes marinos antes de que se embarcaran hacia el Pacífico, además de acérrimo Republicano, conservador y anticomunista. Incluso en su biografía ella misma menciona que intentó ingresar en la NASA y en la marina, siendo rechazada en ambas ocasiones, según su propia versión, por ser mujer.

Por su parte, en materia económica la gestión de Hillary Clinton como Secretaria de Estado ha mostrado notables conexiones con las consignas de la década de 1990 y ha estado fuertemente marcada por la promoción de acuerdos de libre comercio de distinta naturaleza y por todo el globo. Entre los resultados de su trabajo podemos mencionar, entre otros, el Acuerdo de Libre comercio con Colombia, que entró en vigor en Mayo de 2012; el establecimiento de la Alianza del Pacífico, rubricada en Junio de 2012; el acuerdo de Libre comercio con Panamá, que entró en vigor en Octubre de 2012; y el inicio de las negociaciones para concretar el tratado de libre comercio con la UE (Asociación Transatlántica para el Comercio y la Inversión -TTIP) y el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica, firmado en febrero de 2016, que ella defendió con vehemencia mientras fue secretaria de estado, pese a que lo criticó cuando dejó el cargo.

Análogamente, Hillary se ha mostrado contraria a gravar las actividades

⁵ The New York Times Magazine, 21/4/2016. Disponible online en: http://www.nytimes.com/2016/04/24/magazine/how-hillary-clinton-became-a-hawk.html?ref=nyt-es&_r=0

financieras en general, y como alternativa, en la campaña ha mencionado ambiguamente la posibilidad de establecer un impuesto a las negociaciones de alta frecuencia, pero sin especificar cómo, cuando, ni cuánto. En este sentido, la candidata demócrata ha mostrado una actitud mucho menos crítica del sector financiero que gran parte de los miembros de su partido, y solo se ha referido negativamente al “sector bancario en las sombras” (“shadow banking”).⁶

Ante la candidatura amorfa y caricaturesca de Donald Trump, Hillary Clinton representa lo más parecido que puede haber en la política norteamericana a un gran acuerdo bipartidista. Siendo la representante del partido Demócrata, en algunas cuestiones de Estado de delicada importancia como la política exterior, tiene una postura afín a la de los sectores más conservadores del partido Republicano. Así, se presenta como la persona capaz de combinar un discurso relativamente progresista en el ámbito de los derechos sociales (por supuesto, dentro de los parámetros del espectro político estadounidense), con una defensa a ultranza de los intereses del establishment militar-industrial-financiero-mediático, convirtiéndola en una candidata atractiva para los votantes de ambos partidos. Esta ambivalencia no parece ninguna casualidad si tenemos en cuenta que ella empezó su militancia política en el partido Republicano, antes de pasarse a las filas demócratas en 1968.

En resumen, el recorrido político de la principal candidata a convertirse en la próxima presidente de los Estados Unidos muestra un perfil profundamente conservador, con una fuerte implicación en política exterior, tanto en el plano militar como en el económico. En ambos casos, la ex congresista ha mostrado su convicción de que el estado de los Estados Unidos debe tomar la iniciativa e ir directamente por la consecución de sus objetivos y la defensa de sus intereses y los de sus aliados, aun aceptando asumir costos muy altos. Por lo tanto, para continuar, es oportuno intentar analizar cuáles serían las posibles consecuencias para nuestra región y nuestro país si Hillary Clinton llega al Salón Oval de la Casa Blanca, o mejor dicho vuelve, pero esta vez no como Primera Dama, sino como presidente.

La nominación... ¿y el óscar?

Al momento de escribir estas líneas (agosto de 2016), a la carrera por la presidencia de los EE.UU. todavía le queda un largo trecho por recorrer. Si bien ya están las nominaciones de los dos principales partidos, todavía no se han realizado los debates y no se descarta una sorpresa de última hora, especialmente por el lado de los republicanos, que ven como su candidato va perdiendo a cada paso el impulso que le hizo imponerse en las internas. Por ello, este ensayo solo puede limitarse a señalar algunas de las líneas que parecen estar más definidas de cara a los próximos meses.

⁶ Página web oficial de Hillary Clinton: <https://www.hillaryclinton.com/issues/wall-street/>

De este modo, en base a lo expuesto, de concretarse la elección de Hillary Clinton como presidente de los EE.UU., lo que cabe esperar es que este país retome su política exterior donde la dejó antes de la llegada de Barack Obama a la Casa Blanca. En líneas generales, esto significaría la implementación de políticas comerciales y económicas más agresivas y una mayor actividad militar al otro lado de sus fronteras. Las primeras podrían materializarse principalmente a través de acuerdos de libre comercio, con el objetivo, por un lado, de ganar competitividad, impulsar su economía y recuperar parte del terreno perdido frente a sus competidores, como China; por el otro, sería una manera de estabilizar y afianzar sus vínculos económicos exteriores en un mundo que se presenta inestable frente al Brexit y sus posibles consecuencias. Respecto a las segundas, es probable que se impulse una mayor presencia militar en el resto del mundo y el involucramiento en más acciones a escala global. Ligado a esto, no hay que descartar alguna ofensiva militar de considerable envergadura. De hecho, Hillary Clinton no ha ocultado su voluntad de intensificar las operaciones contra el Estado Islámico con ataques aéreos, más tropas terrestres y una zona de exclusión aérea sobre Siria. Como ella misma ha declarado: "Nuestro objetivo no es disuadir o contener al EI, sino derrotar y destruir al EI".⁷ Además, no es irrelevante recordar que cuando EE.UU. ha atravesado ciclos de recesión o estancamiento, como en la

actualidad, las guerras han sido un bálsamo para la recuperación de su economía. Por ello, se puede pensar que con una nueva administración, EE.UU. podría declarar la guerra abierta al ISIS e incluso reforzar su liderazgo en la OTAN para hacer frente a la amenaza que supuestamente representa Rusia para la Unión Europea.

Ante el escenario descrito, para nuestra región tendría más impacto el cambio en la política exterior económica que en la militar de los EE.UU., al menos en el corto plazo. Por el momento, EE.UU. tiene enemigos más importantes y amenazas más urgentes en Medio Oriente que en América Latina. Por lo tanto, es razonable esperar que apunte allí sus principales esfuerzos en materia militar. Sin embargo, en materia comercial cabe esperar que comiencen fuertes presiones y maniobras para que las economías de la región se integren en acuerdos de libre comercio, tanto bilaterales como multilaterales, especialmente en una coyuntura política latinoamericana que se muestra favorable a tales fines. Un ejemplo de ello es que el presidente de la Argentina, Mauricio Macri, ya presentó el pedido formal para que el país sea miembro observador de la Alianza del Pacífico, paso indispensable para el ingreso en el organismo, y el secretario de Comercio, Miguel Braun, expresó abiertamente la intención del gobierno de que el país se integre al TPP en un futuro cercano. Fracasado el ALCA el TPP es su sucesor, aunque en realidad este último es aun más ambicioso. De concretarse, las consecuencias más probables para la Argentina serían la primarización de la producción y la destrucción de las

⁷ Diario El País, España, 21/11/15. Disponible online en: http://internacional.elpais.com/internacional/2015/11/19/estados_unidos/1447967449_216362.html

capacidades industriales, acompañadas de un aumento en el nivel de desempleo y el consecuente déficit de cuenta corriente, que previsiblemente sería cubierto con endeudamiento externo.

En resumen, muchos de los elementos visibles parecen indicar que las próximas elecciones marcarán un cambio sustantivo en la política de los Estados Unidos, sobre todo en la exterior, y si se concretan los pronósticos que se están manejando a poco más de tres meses de los comicios, EE.UU. tendrá por primera vez una presidente mujer. Sin embargo, esta sería una de las pocas novedades que traerían las elecciones. Por el resto, cabe esperar una vuelta a las lógicas dicotómicas e imperiales del pasado para enfrentar los principales interrogantes que enfrenta los Estados Unidos en la actualidad. Para nuestra región, eso implicaría una nueva época de embates neoliberales, para los que será necesario estar preparados. A fin de cuentas, esta no sería la primera historia norteamericana en la que un personaje supuestamente secundario se sobrepone a las adversidades, resiste a las humillaciones y acaba asumiendo el papel principal. Pero definir si ese papel es de héroe o villano, es una cuestión de puntos de vista, y por lo que le toca a nuestra región, todo parece indicar que volveremos a las épocas de las películas de vaqueros en las que nosotros somos los indios...